

EL DISCURSO DE LA ULTRADERECHA EN EL PERÚ CONTEMPORÁNEO: UNA LECTURA MARXISTA



POR ALEJO LERZUNDI (*)

En su blog personal el autor Alejo Lertzundi publica con fecha 12 de marzo un interesante artículo sobre el discurso de la ultraderecha en el Perú actual desde un punto de vista marxista. Lo reproducimos aquí en versión resumida, por considerarlo de interés para nuestros lectores. Ver el artículo completo en el siguiente enlace: <https://ceadesperu.wordpress.com/2026/03/12/el-discurso-de-la-ultraderecha-en-el-peru-contemporaneo-desde-una-perspectiva-marxista/>

I. Introducción: ideología, poder y lucha de clases

El Perú contemporáneo no vive simplemente una crisis política: vive una disputa abierta por el sentido del país. La polarización que se agudizó tras las elecciones de 2021 no es un accidente, sino la expresión ideológica de tensiones materiales profundas. En este escenario, la ultraderecha ha dejado de ser un actor marginal para convertirse en una fuerza central que interviene activamente en la lucha por la hegemonía.

Su discurso no es neutral ni espontáneo. Es una construcción ideológica funcional a intereses concretos. La insistencia en el anticomunismo, la defensa irrestricta del modelo neoliberal y la deslegitimación sistemática de toda oposición no responden a un debate democrático genuino, sino a la necesidad de blindar un orden económico profundamente desigual.

Desde una perspectiva marxista, esto no sorprende. Las ideas dominantes en cada



época son las ideas de la clase dominante. El discurso político, lejos de ser un intercambio inocente de opiniones, es un terreno de combate donde se disputa la reproducción del poder. En el Perú, ese combate tiene un objetivo claro: preservar el modelo neoliberal instaurado en los años noventa.

La hipótesis es directa: el discurso de la ultraderecha funciona como un aparato ideológico que busca consolidar la hegemonía de las élites económicas, bloquear cualquier alternativa redistributiva y disciplinar a los sectores que cuestionan el orden existente.

II. El trasfondo material: capitalismo dependiente y extractivismo

No se puede entender el discurso sin entender la estructura económica que lo sostiene. El Perú sigue siendo una economía dependiente,

(*) Alejo Lertzundi Silvera. Ing. Agrónomo, Master Ciencia en Economía Agrícola por el IICA/OEA y Especialización en Planificación del Desarrollo por el Banco Mundial. Ha trabajado en instituciones de planificación del Estado peruano y Profesor universitario. Ha prestado servicios de consultoría para organismos internacionales y Director Ejecutivo de ONG,s ambientalistas y de desarrollo. Ha trabajado durante 23 años en Brasil como perito y funcionario del IICA, junto al Banco Mundial y FIDA, en programas de Desarrollo Rural Sustentable y Lucha Contra la Pobreza Rural. Ha publicado más de 100 libros y documentos técnicos y más de 1,000 artículos, ensayos y otros sobre la realidad nacional e internacional, que se encuentran a libre disposición en las redes sociales. Ha recibido premios y homenajes, por servicios relevantes. Actualmente, presta asesoramiento a FEDIRAL, CITCA y PUSAC, es Director de Educación en la ONG ORETRABAJO.

<https://encrypted-tbn0.gstatic.com/images?q=tbn:ANd9Gc5cCLdjj9oewW5jLSmrM3vone7QsJmZlg7Q&s>



articulada alrededor de la exportación de materias primas. La minería no es solo un sector: es el eje que organiza el poder económico y político.

El llamado “éxito” económico de las últimas décadas oculta una realidad menos celebrada: crecimiento sin transformación estructural. La riqueza generada no ha desmontado la desigualdad, sino que la ha reorganizado. El país crece, pero sobre bases frágiles, dependientes del mercado internacional y del capital transnacional.

Este modelo no es neutral. Produce ganadores y perdedores. Las élites vinculadas al extractivismo concentran poder, mientras amplios sectores enfrentan precariedad, exclusión y despojo territorial.

Los conflictos socioambientales no son anomalías: son el resultado inevitable de este modelo. Comunidades que ven amenazados sus territorios, su agua y sus formas de vida chocan con empresas y un

Estado que prioriza la inversión sobre los derechos.

¿Y cómo responde la ultraderecha? No con soluciones, sino con estigmatización. Las protestas se convierten en “antimineras”, “irracionales” o “subversivas”. Se borra la raíz del conflicto — la desigualdad estructural— y se construye un enemigo conveniente.

Esto no es ignorancia: es estrategia.

III. Estado, neoliberalismo y bloque de poder

El neoliberalismo en el Perú no es solo un modelo económico: es un proyecto político

consolidado institucionalmente. La Constitución de 1993 no cayó del cielo; fue el resultado de una correlación de fuerzas favorable a las élites económicas.

El Estado, desde una lectura marxista, no es un árbitro neutral. Es una condensación de relaciones de poder. En el caso peruano, actúa como garante de la estabilidad del modelo, protegiendo la propiedad privada y facilitando la acumulación de capital.

El bloque de poder es claro: élites empresariales, tecnocracia estatal y actores políticos alineados con el libre mercado. Este bloque no solo gobierna desde las instituciones, sino también desde el plano ideológico.

Aquí entra la ultraderecha como fuerza de choque discursiva. Su papel no es administrar, sino radicalizar la defensa del sistema. Donde el discurso tecnocrático duda, la ultraderecha ataca: simplifica, polariza y moviliza



<https://www.albinoet.org/sites/default/files/styles/imagen-principal-arteiculo/public/globulizacioneoliberal.jpg?itok=cah79XxcwQ>

el miedo.

IV. Anticomunismo: arma ideológica central

El anticomunismo es el eje vertebrador del discurso ultraderechista. No importa que las propuestas en debate sean moderadas o reformistas: todo es etiquetado como “comunismo”.

Este uso no es casual. Funciona como un dispositivo ideológico que bloquea el pensamiento crítico. Al asociar cualquier cambio con autoritarismo o caos, se clausura el debate antes de que empiece.

En el Perú, este recurso es particularmente potente por la memoria del conflicto armado interno. La ultraderecha explota ese trauma para construir una narrativa de amenaza permanente. No se discuten ideas: se activan miedos.

Así, el conflicto político se reconfigura artificialmente: No se trata de una contradicción entre desigualdad y justicia social, sino entre “libertad” y “comunismo”.

V. La fabricación del enemigo

Toda ideología dominante necesita enemigos. La ultraderecha peruana los produce constantemente: “terroristas”, “caviaras”, “radicales”, “antimineros”.

Estas etiquetas no describen: descalifican. Reducen la complejidad social a caricaturas. Su función es clara: expulsar al adversario del campo legítimo de la política.

El “terruqueo” es el ejemplo más brutal. No busca debatir, sino silenciar. Al asociar protesta con terrorismo, se justifica la represión y se disciplinan las demandas sociales.

Desde una perspectiva marxista, esto es violencia simbólica al servicio del capital. Se protege el modelo no solo con leyes o policía, sino con lenguaje.

VI. Medios y hegemonía cultural

La hegemonía no se impone solo con fuerza: se construye en el sentido común. Y ahí los medios de comunicación juegan un papel decisivo.

En el Perú, la concentración mediática permite a ciertos grupos empresariales moldear el debate público. No se trata solo de qué se dice, sino de qué se omite, qué se amplifica y qué se ridiculiza.

El resultado es un consenso fabricado: el mercado es “natural”, la inversión es “incuestionable” y toda protesta es “peligrosa”.

La ultraderecha se alimenta de este ecosistema. Sus discursos circulan, se amplifican y se normalizan. Las redes sociales, lejos de democratizar, muchas veces intensifican la polarización.

VII. Crisis política y radicalización

La crisis política peruana no genera automáticamente cambio: también abre espacio para la reacción. La desconfianza en las instituciones crea terreno

fértil para discursos simplistas y autoritarios.

La ultraderecha capitaliza este escenario ofreciendo certezas falsas: identifica enemigos claros, promete orden inmediato y reduce problemas complejos a culpables individuales.

Pero detrás de esta retórica hay una constante: la defensa del modelo económico. La “crisis” se atribuye a la política, nunca a la estructura económica.

VIII. Conclusión: ideología y reproducción del poder

El discurso de la ultraderecha en el Perú no es un exceso retórico: es una pieza clave en la reproducción del orden social. Su función es doble porque legitima el modelo neoliberal y, además, bloquea cualquier alternativa.

A través del miedo, la estigmatización y la simplificación, construye un sentido común que naturaliza la desigualdad y criminaliza la disidencia.

Desde el marxismo, esto se entiende como lucha de clases en el plano ideológico. No basta con controlar la economía o el Estado: hay que controlar cómo la sociedad entiende su propia realidad. Y ahí se libra hoy una batalla decisiva.

El Perú no está solo ante una crisis política. Está ante una disputa por su futuro: entre la reproducción de un modelo excluyente y la posibilidad — todavía abierta — de transformarlo.